

## **Pensar más y querer más**

Jaime Nubiola

El pasado 20 de octubre acudió a visitarme la delegada de 4º de Filosofía Maris Stella F. B. para invitarme a impartir esta breve charla en la celebración de nuestra patrona, santa Catalina de Alejandría (285-303), coincidiendo con el Día Mundial de la Filosofía que se celebra el tercer jueves de noviembre para conmemorar el aniversario de la muerte de Sócrates (399 a. de C.).

Me pidió que no fuera una clase y que no usara ppt, sino que hiciera reír o al menos sonreír al ilustre auditorio. Como venía acompañada de su fiel escudero (y novio) Jorge no me atreví a rehusar la invitación; más aún cuando este es mi último curso como docente en la Universidad ya que en el próximo mes de agosto —¡si llego!— alcanzaré la venerable edad de 70 años y seré jubilado tras 42 años de servicios.

No usaré ppt, y no aspiro haceros reír. Solo recordaré la risa de la sierva tracia que cuenta Platón en el *Teeteto*: "También se dice que Tales, mientras observaba los astros..., y miraba hacia arriba se cayó en un pozo, y que una joven tracia se burló de que deseara vivamente conocer las cosas del cielo y no advirtiera las que estaban delante de sus pies" (Platón, *Teeteto*, 174a). La risa de la sierva tracia llega hasta nuestros días. En todo caso, espero no tropezar y caerme de la tarima, como alguna vez me ha pasado en clase.

Cuando me han preguntado si yo era filósofo, siempre he respondido que más bien soy un profesor de filosofía que me gusta pensar e invitar a los demás a pensar y a escribir. Y eso es también lo que quiero hacer hoy aquí más que haceros reír. Dividiré mi breve presentación en tres secciones: 1) Pensar más; 2) Querer más; 3) Conclusión.

### **1. Pensar más**

En 1992, esto es, hace 30 años, tuve la suerte de estar todo el verano en la Universidad de Harvard como *visiting scholar*. Fue para mí una experiencia decisiva, pero lo que hoy quería contar es que uno de los días de aquel verano fui de exploración al MIT donde era profesor, entonces

muy activo, Noam Chomsky. El MIT es una universidad de ingeniería y el Departamento de Lingüística y Filosofía ocupaba un barracón de tipo militar. No encontré a Chomsky —era verano— aunque toqué con veneración la puerta de su despacho. El despacho de al lado era el de George Boolos (1940-1996), un famoso lógico matemático, y tomé nota de una cita de Charles S. Peirce que tenía pegada a la puerta en un papel mecanografiado: «*The life of science is in the desire to learn*» (CP 1.235, c.1902). Desde entonces puse ese texto en la puerta de mi despacho para animar a entrar a los estudiantes con ansias de aprender.

Estoy persuadido de que la filosofía no es —ni puede ser— un mero ejercicio académico, sino un instrumento para la progresiva reconstrucción crítica y razonable de la práctica cotidiana, del vivir. En un mundo en que la vida diaria se encuentra a menudo alejada por completo del examen inteligente de uno mismo, una filosofía que se aparte de los genuinos problemas humanos —tal como ha hecho buena parte de la filosofía moderna ¡y contempóránea!— es un lujo que no podemos permitirnos. Por ello, parafraseando a Charles Peguy (1873-1914), lo que definiendo siempre es que la filosofía *debe volver a las clases de filosofía*, esto es, que los problemas que se aborden en las aulas han de afectar a la vida real de los profesores y sus alumnos: este es probablemente el detonante de mi interés por el pragmatismo norteamericano.

La filosofía debe partir de las conversaciones reales de la gente, de sus diferentes opiniones acerca de los problemas humanos, y no de ideas ajenas a la vida y al pensamiento de profesores y alumnos. Como escribió C. S. Peirce, “no debemos empezar hablando de ideas puras —errantes pensamientos que vagan por las aceras públicas sin asiento humano— sino que debemos empezar por los hombres [y las mujeres] y sus conversaciones” (CP 8.112, c. 1900).

Quizás haya profesores excepcionalmente capaces para promover una discusión en clase que cubra los diferentes puntos de vista sobre un tema particular en un espacio de tiempo razonable, sin ninguna preparación específica por parte de los estudiantes. No es mi caso. Mi experiencia es que la conversación en el aula sin preparación es casi inútil. Para promover la no fácil actividad de pensar, debemos lograr que los estudiantes *sientan* un problema filosófico concreto, traten de entender las diferentes soluciones posibles e intenten concentrar su mente en ese tema durante varias horas de escritura personal. Este fue mi descubrimiento en el verano de 1996 en el maravilloso campus de la Universidad de Stanford cuando escribía mi libro *El taller de la filosofía*. Mi descubrimiento podía concentrarse en una sola frase: «escribir para pensar». Quizá por esto, me

he empeñado en que mis estudiantes escribieran y he utilizado como lema de mis clases de «Filosofía del lenguaje» la advertencia de Wittgenstein en el prólogo de sus *Investigaciones filosóficas*: "No quisiera con mi escrito ahorrarles a otros el pensar, sino, si fuera posible, estimular a alguien a tener pensamientos propios".

En mis cursos los estudiantes han tenido que escribir a lo largo del semestre cuatro o cinco ensayos breves (de 600 palabras) con su opinión sobre un tema determinado a partir de un texto común. Los entregan en un día fijo y en la siguiente clase devuelvo los ensayos corregidos. Cuatro o cinco alumnos —seleccionados de antemano— leen sus textos en voz alta y son discutidos libremente por toda la clase. Puedo decir que, de vez en cuando, hay alguna tarde que se produce "el milagro": ¡Estamos haciendo filosofía! Me siento particularmente recompensado cuando la discusión que surgió en el aula continúa entre los estudiantes en los pasillos y en la cafetería al terminar la clase. Los estudiantes se marchan de esas sesiones persuadidos de que han aprendido algo mucho más valioso que la pasiva toma de apuntes de una magnífica lección magistral. El dicho de Dewey de "aprender haciendo" [*learning by doing*] me parece que ha de aplicarse, sobre todo, en la enseñanza de la filosofía.

La imagen popular de las clases de filosofía como un aburrido cementerio de teorías obsoletas puede revertirse si las clases se centran en problemas y en las respuestas que se han dado a esas cuestiones a lo largo de la historia. Un conocimiento profundo de la historia de un problema y de las respuestas logradas hasta el momento es el sello distintivo de la filosofía cuando está bien hecha. Hace falta un equilibrio inteligente entre la tradición y las acuciantes cuestiones actuales. Las viejas preguntas pueden iluminarse como si fueran del todo nuevas si se colocan en contraste con los avances de la ciencia o con problemas recientes de la sociedad. Cada vez que esto se logra la filosofía vuelve a comenzar con toda su frescura y atractivo.

Tuve la suerte de tratar bastante al profesor Leonardo Polo (1926-2013) al que acudía periódicamente a pedirle consejo sobre mi trabajo en filosofía. Precisamente fue él quien me sugirió que centrara mi atención en C. S. Peirce porque yo era muy *pragmático*; y así lo hice, dedicando al estudio de este importante autor norteamericano treinta años de mi vida. Pero lo que quería contar era otra cosa. En una ocasión en la que había encontrado serias dificultades para mi progreso académico y quizás estaba yo un tanto deprimido, fui a pedirle orientación y me dijo algo así: «Jaime, echa en saco roto todas esas consideraciones y estudia más». Y esta es para mí la enseñanza decisiva del profesor Leonardo Polo: «Siempre se puede

pensar más». Viene a ser un trasunto de aquello tan conocido que escribe John de Salisbury en el siglo XII atribuyéndoselo a Bernardo de Chartres "Somos enanos a hombros de gigantes", pero lo que se recuerda menos es lo que añade John de Salisbury y es que encaramándonos a sus hombros podremos —podréis vosotros— ver más lejos que los gigantes que nos han precedido. Siempre se puede pensar más.

[Paso ya al segundo punto de mi exposición que he titulado]

## 2. Querer más

La pregunta sobre el papel de la razón en nuestras vidas y en nuestra civilización es probablemente la cuestión filosófica central que impregna los dos últimos siglos de la cultura y la filosofía occidental. Los filósofos, que —en expresión de Husserl— nos sentimos como "servidores de la humanidad", tenemos una gran responsabilidad sobre nuestros conciudadanos, como Sócrates con Atenas. Con nuestro trabajo no solo estamos transmitiendo el conocimiento filosófico a las nuevas generaciones, sino que estamos manteniendo viva la llama del pensamiento libre y riguroso, la llama de *cómo ser humano* en plenitud. De hecho, lo que enseñamos es realmente una forma de vida. Como afirmaba la profesora Ana Marta González glosando a Spaemann, lo racional es una forma de vida regida por la benevolencia, o con la feliz expresión de Gilson, "la vida intelectual es *intelectual* porque es conocimiento, pero es *vida* porque es amor".

En nuestra vida tenemos que integrar en un único campo de actividad los dos conceptos kantianos de la filosofía, como *Schulbegriff* (filosofía académica) y *Weltbegriff* (filosofía vital y mundana). Al igual que un campo magnético con dos polos, —lo aprendí de Hilary Putnam— tenemos que prestar atención, por un lado, a la erudición, a la publicación de trabajos en revistas especializadas; pero por otro, tenemos que escuchar los gritos de la humanidad doliente y tratar de ayudar con soluciones inteligentes, participando personalmente en los debates contemporáneos. Hay una tensión entre ambos polos, entre el pensamiento racional —*racionalista* quiero decir— y la vida, pero es precisamente esta tensión la que hace que salte la chispa que enciende y da luz y calor.

En los años en que hice yo mi tesis doctoral entre 1977 y 1982 sentí vivamente la soledad del corredor de fondo en mi trabajo de investigación. Contaba con mi director, mi querido profesor y maestro Alejandro Llano, pero nada más, salvo el libro de Umberto Eco *Cómo se hace una tesis*. En

agosto de 1994 con mis primeros doctorandos Sara Barrena, Jesús Daroca y Joan Fontrodona decidimos crear el Grupo de Estudios Peirceanos, básicamente para que los estudiantes de doctorado se sintieran apoyados en su empeño. Llamamos al fotógrafo (Manuel Castells) para que inmortalizara el momento, nos tomamos unas cervezas y elegimos como lema del Grupo unas palabras de Peirce que os leo:

"No llamo ciencia a los estudios solitarios de un hombre aislado. Solo cuando un grupo de hombres, más o menos en intercomunicación, se ayudan y se estimulan unos a otros al comprender un conjunto particular de estudios como ningún extraño podría comprenderlos, [solo entonces] llamo a su vida ciencia" (*MS 1334, Adirondack Summer School Lectures*, 1905).

Así es; la imagen de quien se dedica a la filosofía como la de un pensador solitario es del todo equivocada: la investigación también en filosofía se desarrolla en comunidad, en una comunidad que se expande en el espacio y en el tiempo.

Quienes cultivan el amor a la verdad cultivan también la amistad con los demás que buscan la sabiduría. Los filósofos no somos náufragos solitarios, sino solidarios, y por eso lo que más ayuda a quienes a veces sienten esa soledad es el prestarse atención unos a otros. Cuando logramos esa recíproca atención, "la ayuda que prestamos al otro es, al ser recibida y por serlo, un bien que el otro nos hace a nosotros mismos" —ha escrito mi querido amigo Rafael Tomás Caldera—. Una metáfora que ilustra bien esta relación comunicativa es la de esos hombres que, en algunas poblaciones de Catalunya, hombro con hombro, hacen unas maravillosas torres humanas: los *castellers*. Esa torre humana es un símbolo extraordinariamente expresivo del genuino trabajo en equipo porque la verdad se busca en comunidad.

De mi amigo Jorge de Vicente, antiguo profesor de esta Facultad fallecido en diciembre del 2005 (y que me regaló esa metáfora), aprendí que defender la pluralidad de la razón no significa afirmar que todas las opiniones sean verdaderas —lo que además sería contradictorio—, sino más bien que ningún parecer agota la realidad, esto es, que una aproximación multilateral a un problema o a una cuestión es mucho más rica que una limitada perspectiva individual. Las diversas descripciones que se ofrecen de las cosas, las diferentes soluciones que se proponen para un problema, reflejan de ordinario diferentes puntos de vista. No hay una única descripción verdadera, sino que las diferentes descripciones presentan aspectos parciales, que incluso a veces pueden ser

complementarios, aunque a primera vista quizá pudieran parecer incompatibles.

No todas las opiniones son igualmente verdaderas, pero si han sido formuladas seriamente en todas ellas hay algo de lo que podemos aprender. No solo la razón de cada uno es camino de la verdad, sino que también las razones de los demás sugieren y apuntan otros caminos que enriquecen y amplían la propia comprensión. El empeño por aprender de los demás, de las opiniones diferentes a la nuestra, es para mí un punto importantísimo y que se encuentra ya en las enseñanzas de Tomás de Aquino: *Omnnes enim opiniones secundum quid aliquid verum dicunt* (1 Dist 23 q 1, a 3).

Hace unos pocos días leía algunos documentos relativos a la concesión del doctorado *honoris causa* a nuestro Gran Canciller Mons. Fernando Ocariz en la Universidad polaca de Wroclaw el pasado 22 de junio y me impresionaba el discurso del obispo de Kalisz, antiguo alumno de esta Universidad, en el que decía del talante del Gran Canciller: «Cuando considera distintos temas actuales, no mira tanto a demostrar argumentos críticos, sino que procura encontrar la respuesta para esta pregunta: ¿Qué es lo que en estas diversas corrientes mueve el corazón de las personas? Y busca encontrar en ellas una posible apertura a la fe cristiana».

### 3. Conclusión

Debo terminar ya y quiero hacerlo con cuatro breves frases un tanto lapidarias:

1º) Ansias de aprender.

2º) Pensar más y para ello lanzarse a escribir.

3º) Querer más y para ello empeñarse en escuchar a los demás y en aprender de ellos.

y 4º) Perdón por no haberos hecho reír, pero confío en al menos haberos invitado a pensar y a querer más.

Muchas gracias por vuestra atención.

Pamplona, 11 de noviembre 2022.